

# ALTA



REVISTA MENSUAL  
DE FANTASIA CIENTIFICA

VOL. 1 N° 3

AGOSTO 1953

Revista mensual de aventuras apasionantes en el mundo de la magia científica.

AÑO 1 — N.º 3  
AGOSTO 1953  
**MÁS ALLÁ DE LA CIENCIA  
Y DE LA FANTASÍA**

---

Revista mensual de aventuras apasionantes en el mundo de la magia científica

## SUMARIO

### NOVELA:

*HIJO DE MARTE (I)*, por CYRIL JUDD  
*La lucha de una comunidad intrépida en un planeta recién conquistado*

### NOVELA CORTA:

*LOS SENTIMENTALISTAS*, por MURRAY LEINSTER  
*Las fuerzas cósmicas pueden ser buenas...*

### CUENTOS:

*NO APTO PARA MENORES*, por EVELYN E. SMITH  
*Esos «primitivos» de otros mundos eran niños traviesos...*

*EL SÉPTIMO ORDEN*, por JERRY SOHL  
*La omnipotencia del invasor frente a la lógica humana*

*UN ARMA ANTICUADA*, por L. RON HUBBARD  
*Gladiadores, elefantes y armas atómicas...*

*CUIDADO CON EL PERRO*, por HÉCTOR SÁNCHEZ PUYOL

*Perro que no ladra, muerde...*

*EL LABERINTO*, por FRANK M. ROBINSON

*En un mundo totalmente diferente, lo que parece no es y lo que es no parece*

## NOVEDADES CÓSMICAS:

*LA CONQUISTA DEL ESPACIO (III)*, por WILLY LEY Y CHESLEY BONESTELL

*Los misterios de la Luna*

*ESPACIOTEST*

*CONTESTANDO A LOS LECTORES*

*EVOCACIÓN DE LA DAMA DE LA ESPERANZA*

*EDITORIAL*

### ILUSTRACIÓN DE LA TAPA

Por EmsH

*Los venusinos son inofensivos: en la Tierra, fotografían a los hombres, son dóciles, sumisos, serviles. Pero pronto volverán a su extraño planeta... (Vea el cuento: «CUIDADO CON EL PERRO»)*

## MITOLOGÍA DEL FUTURO



**E**N esta página, en el número anterior, decíamos que para describir el porvenir es indispensable estar absolutamente desprovisto de prejuicios. Es decir, que hay que estar dispuesto a alejarse de las ideas, los conceptos y las cosas que nos gustan, a los que nos hemos acostumbrado, y que constituyen el patrimonio espiritual nuestro y de nuestro tiempo.

Un lector nos escribe, a este propósito, una carta tan interesante que deseamos reproducir aquí algunas frases de ella:

Lo que ustedes están haciendo es construir una mitología del porvenir. Y una mitología se forma poco a poco, por sedimentación, por poesía y por debilidad. Me explicaré mejor.

Por sedimentación, en el sentido de que en una mitología van depositándose sueños y deseos, congojas y amores. Las leyendas de los tiempos idos son representaciones ingenuas de fenómenos naturales inexplicados, o sustitutos fantásticos de situaciones reales. El mito es, pues, o una explicación o una forma de «escapismo».

Por poesía, en cuanto el mito describe de manera más bella o más dramática lo que ha acontecido en la realidad, y el hecho histórico es transfigurado, en el proceso, por la creación poética.

Y, en fin, por debilidad, porque la explicación mitológica es más sencilla, más agradable y más fácil que cualquier otra.

La mitología modernísima y dinámica de *MÁS ALLÁ* se basa sobre los mismos elementos de las mitologías antiguas. En ella se depositan y asumen forma fantástica las emociones, los intereses, las preguntas que dirige a sí mismo el hombre de nuestro tiempo. En ella se presenta en su aspecto más atractivo o más emocionante la realidad del porvenir, y, en fin, ella secunda, evidentemente y de la manera más agradable que se puede imaginar, la tendencia de esta débil humanidad a hacerse llevar a los reinos de la fantasía y de la ilusión.

**M**UCHAS gracias, amigo lector. Y lamentamos que usted nos haya pedido que su nombre no sea publicado, porque nos agradecería dar a conocer las personas que se cuentan entre nuestros lectores.

**L**A ventaja de ser el creador de una mitología es que uno puede hacerla y deshacerla a sus anchísimas ganas.

Nosotros no tenemos el derecho de juzgar el porvenir. Si el paladín Ricardo Corazón de León apareciera entre nosotros, ¿tendría derecho a enfurecerse porque hayan sido suspendidas las cruzadas para la liberación del Santo Sepulcro?

Pero sí tenemos el derecho de pretender que el futuro mitológico que describen los colaboradores de *MÁS ALLÁ* entretenga e interese; que nos obligue a pensar, a veces, sobre la posibilidad de ver realizadas estas predicciones y materializada esta mitología; que nos obligue a hacernos la pregunta: «¿Qué haría yo si...?».

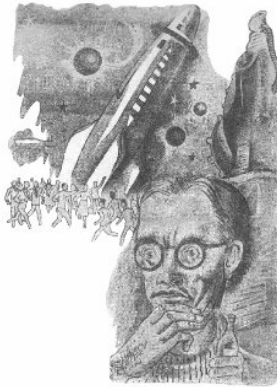
¡Si! Esta es la palabra fundamental. Qué pasaría si... Cómo sería el mundo si... Qué diríamos si... Este si eterno, lanzado interrogativamente en las infinitas direcciones del infinito espacio, es el estímulo oculto de *MÁS ALLÁ*, es el resorte del progreso humano, es el manantial de todos los sueños, de todo el humorismo, de todas las emociones.

**L**A tapa de este número, que nosotros consideramos excepcionalmente dramática e inolvidable, ilustra un cuento corto, que merece mención especial por dos conceptos: por su calidad —es una idea originalísima desarrollada con elegancia, delicado humorismo y sentido de acción— y por haber sido escrito por un autor argentino que se ha iniciado en el difícil campo de la fantasía científica a raíz de la aparición de *MÁS ALLÁ*.

¡Ojalá su ejemplo sea imitado por muchos otros! Para ellos siempre estarán abiertas de par en par las páginas de esta revista.

# NO APTO PARA MENORES

Por EVELYN E. SMITH



Ilustrado por Dick Francis

*Este es un cuento «infantil» que relata juegos de niños extraordinarios: para ellos, levitación y telepatía son casos corrientes; y nuestro ilustrador no ha querido dibujarlos para que cada lector se los imagine como de-see...*

**P** PON descendió rápidamente a la plataforma y corrió hacia mí.

—¡Date prisa, Qan! —me urgió, proyectándome su pensamiento disimuladamente y tratando de escapar a la percepción de mi madre—. ¡Están llegando! ¡Todos los otros ya están listos!



—¿Quién está llegando? —quiso saber mi madre, cuyo trabajo absorbía todo su interés y que por ello nos concedía pocos momentos de atención—. Realmente ustedes, los jóvenes, deberían aprender a pensar con más claridad.

—Sí, señora —dijo Ppon proyectando una adecuada turbación juvenil, aunque, en un nivel inferior se reía con disimulo.

Más tarde lo amonesté por su conducta; nosotros, los jóvenes, todavía no podíamos separar eficazmente los canales de pensamiento y por lo tanto era más práctico no intentarlo.

—Están llegando los *zkuchi* —mentí volublemente, sabiendo que los adultos aceptan las tonterías como un simple signo de inmadurez— sobre cientos de doradas alas que vuelan más rápido que la luz.

Abuelo apartó un sector de su mente de su amado trabajo. «Los *zkuchi* son solo criaturas mitológicas, —pensó con enfado—. Ustedes son lo bastante grandes como para saberlo bien...».

—Qana —le dijo a mi madre—, ¿por qué les permites creer en semejantes tonterías?

—Los *zkuchi* son parte de nuestra herencia cultural, Padre —proyectó mi madre suavemente—. No debemos dejar que los jóvenes olviden nuestra herencia, especialmente si tenemos que permanecer aquí por algún tiempo.

—Me parece que eres innecesariamente pesimista —se quejó Abuelo—. Sabes que nunca me he equivocado hasta ahora. Volveremos, te lo prometo. Pero la transmutación necesita tiempo.

«Pero ya lleva tanto tiempo, —pensó mi madre con tristeza—. A veces comienzo a dudar». Entonces pareció recordar que los asuntos serios no debían discutirse delante de los jóvenes, como si nosotros no supiésemos lo que estaba sucediendo.

—Vayan a jugar, chicos —nos dijo—, pero no se olviden de averiguar primero el estado de la atmósfera.

Abuelo comenzó a pensar algo acerca de si no sería mejor que Ppon fuese a ayudar a su padre y yo me quedase a hacer mis deberes —parece que es imposible escaparse de los deberes en ninguna parte del Universo—, pero salimos antes de que pudiese terminar.

**A**RRIBA, los otros saltaban llenos de excitación. Ztul, el bobito, se hallaba tan trastornado que realmente *habló*.

—¡Rápido, Qan!; los turistas están llegando.

«¡Ztul, nunca, *nunca* debes decir palabras!», pensé con vehemencia. Los mayores podrían oír y descubrir el juego.

—Es un juego inocente —respondió Ppon—. Y útil, además. Tu abuelo necesita el material.

—Sí —asentí—, pero tal vez los mayores no lo consideren así. Podrían aún impedir el juego. Los adultos tienen ideas raras, y es conveniente que no se enteren, para evitar complicaciones.

Hubo un coro de proyecciones de asentimiento de parte de los demás. Todos nosotros hemos tenido nuestras dificultades familiares.

Nos pusimos a la obra. Con febril rapidez arreglamos el interior de los refugios que habíamos construido hábilmente con materiales sustraídos de abajo, cuando las percepciones de los mayores estaban dirigidas hacia otra cosa.

La estructura esencial de los materiales no había sido alterada y podían ser restituidos con facilidad cuando llegase el momento, pero no convenía tener que dar las explicaciones correspondientes. Los mayores nunca parecieron comprender nada.

Al principio construimos los refugios solo como chozas para jugar, pero cuando los primeros turistas se confundieron, aprovechamos su equivocación. Ahora tenemos una calle regular, flanqueada de toscas moradas.

No bien aterrizó la pequeña espacionave, Ppon, yo y otros cuatro estábamos listos junto a su escotilla formando un comité de recepción. El resto se dispersó para simular que eran aldeanos. Los otros desempeñaban alternativamente los dos papeles, pero yo era siempre el jefe. Después de todo, había inventado el juego.

Dos miembros de la tripulación saltaron ágilmente de la nave y aprontaron una rampa. Entonces los pasajeros —noté con satisfacción que esta vez formaban un grupo considerable— descendieron seguidos por Sam, el guía, un ser humano de edad y canoso, quien nos sonrió con un gesto de complicidad. Eramos viejos amigos, ya que había dirigido estas giras durante diez de sus años terrestres.

Los pasajeros se detuvieron al pie de la rampa y Sam se les adelantó rápidamente para enfrentarlos. Ahora ya estábamos acostumbrados al extraño aspecto de los seres humanos —pequeños, bioculares, con pieles lisas y pastosas—, aunque cuando los vimos por primera vez nos asustamos realmente.

—**C**OMO ustedes ven, señores —rugió Sam a través de su megáfono—, los sabios no lo saben todo. Dicen que la vida no puede existir en el cinturón de asteroides y he aquí que hay vida... Dicen que estos planetoides son demasiado pequeños y que su gravedad es muy débil como para retener una atmósfera, pero ustedes están respirando en este aire, tan puro, fresco y limpio como la atmósfera de nuestra propia Tierra... Hablando de gravedad, observarán que estamos caminando y no flotando. En realidad notarán que es un poco más trabajoso caminar, y que todo parece un poco más pesado que en casa. Y ellos decían

que difícilmente existiría gravedad. No, señores, estos sabios saben un montón de cosas, no lo podemos negar, pero seguramente no lo saben todo.

—¡Sorprendente! —dijo un pequeño pasajero de anteojos—. ¡Casi no puedo creer en mis propios sentidos!

—Vigíalo —me proyectó Ppon—. Debe de ser algún hombre de ciencia.

—No le enseñes a levitar a tu antepasado —le respondí en forma enérgica.

Desde luego, lo primero que sorprendió a los pasajeros no fue la atmósfera ni la gravedad, sino nosotros. Nunca dejaban de sorprenderse, aunque sus guías de viaje ya les hubiesen descrito lo que iban a ver. En una de las guías había un retrato mío, graciosamente tosco y bidimensional, es verdad, pero no del todo desfavorable. En realidad yo no soy de color púrpura, sino de una especie de suave fucsia, pero ¿qué podría esperarse de las rudimentarias técnicas de impresión de colores empleadas por ellos? Sam me había dado el original que yo siempre deseé mostrar a mi madre, aunque no podía hacerlo sin explicar su procedencia.



—¡Son tan bonitos! —exclamó una mujer delgada—. Casi como grandes ardillas, realmente, salvo por todos esos brazos.

Sus dientes sobresalían más que los del pequeño roedor en el cual pensaba, o que los míos, por ejemplo.

—Cuidado, señora —le advirtió el guía. Hablan inglés.

—¿Sí? ¡Qué habilidosos! Entonces deben de ser muy inteligentes.

—Tienen una inteligencia bastante elevada —asintió el guía—, aunque sus métodos de razonamiento han desconcertado siempre a los hombres de ciencia. Por alguna razón sospechan de los hombres de ciencia, los consideran sus enemigos y lo expresan abiertamente.

—Me parecen sencillamente deliciosos —dijo contemplándome con expresión afectuosa.

«Ah, *srrk* usted misma, señora», pensé, sabiendo que los seres humanos no eran telepáticos.

Ella pareció, sin embargo, un poco turbada; tengo que vigilarme mejor a mí mismo. Después de todo, como jefe, he de dar el buen ejemplo.

—Este es Qan —me presentó el guía—, el caudillo o jefe o algo así de la tribu. Siempre está dispuesto a complacernos.

—Bienvenidos, viajeros de una estrella lejana —dije, envolviendo alrededor de mi cuerpo, de la manera más imponente, la segunda de las mejores capas de mi madre—; bienvenidos a la humilde tierra de los *Gchi*. Venid en paz, idos en paz.

—¡Pero habla un inglés excelente! —exclamó el hombre de ciencia.

—Aprenden las cosas con mucha rapidez —explicó Sam.

—Los nativos pueden ser muy muy astutos —comentó una mujer corpulenta apretando fuertemente su cartera.

—Y ahora —dijo Sam— visitaremos las toscas chozas de este pueblo simple, primitivo, pero hospitalario.

—¡Pueblo! —proyectó Ppon—. Harías mejor en cuidar tu lenguaje, imbécil. ¡Pueblo, ja!

—Nuestro amigo Qan nos enseñará el camino. —Sam señaló hacia mí.

Le sonreí, pero no me moví de mi lugar.

—¿Qué pasa? —siseó—. ¿No confías en mí? ¿En tu viejo compañero Sam?

—No —cuchicheé—. La última vez que te dejé pagar al finalizar la excursión faltaban tres dólares con setenta y cinco centavos.

Probó otro truco.

—Pero mira, Qan, es un maldito trabajo juntar todas esas monedas. ¿Por qué no puedes aceptar papel moneda en cambio?

—¿De qué me serviría el papel moneda aquí?

—Lo que tampoco me puedo figurar es para qué te sirve aquí el metal.

Irradié alegría:

—Lo comemos.

Refunfuñando volvió a la nave y llamó a un tripulante. Arrastraron una bolsa fuera de la bodega. Jadeando la dejaron a mis pies. Se la tiré a Ztul.

—Cuéntalas —ordené en alta voz—, y si hay algún error, nadie dejará vivo este planeta.

—Gruñí ferozmente.

Todos rieron. Era parte de la función.

Ustedes observarán —pregonó Sam mientras los guiábamos por la calle— que los *Gchi* son todos del mismo tamaño, más o menos. Entre ellos no se ve ninguno más joven que otro. No sabemos si esto es así porque se reproducen en forma distinta de la nuestra o porque ocultan su prole.